

Shayma Filali,
Israel Villalba
y Peru Amorrorotu


LA VIDA SECRETA DE LAS PALABRAS

MÁS DE 2.000 ETIMOLOGÍAS PARA DESCUBRIR
Y ENTENDER EL CASTELLANO

El libro de @EtimosDirectos

Φιλοκαλοῦμέν τε γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ μαλακίας

Amamos la belleza ciertamente con sencillez
y amamos el saber sin relajación

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo</i>	13
1. Pon un dios grecolatino en tu vida. De las artes marciales a la viagra	17
2. Del seso al hecho hay mucho sexo. Etimologías erótico-festivas	33
3. A étimo regalado no le mires el diente	51
4. Las palabras <i>urbi et orbi</i>	69
5. <i>Fake News</i> : la conjura de los pseudoétimos	88
6. El caló y los pueblos romaní: de la India al mundo ..	108
7. Étimos hasta en la sopa (de letras)	126
8. Palabras de la otra orilla. Americanismos y etimologías curiosas	148
9. A diestro y siniestro. La política y los misterios de sus politizadas etimologías	164
10. En el Arca de Noé. Caballos en el río y ratones ciegos que vuelan	188
11. Tomen palabrotas: <i>Bon baron, que mal li se faga en el coillon</i>	209

12. De etimologías peninsulares	226
13. El mamarracho del barrio: una de arabismos	244
14. Para más etimologías consulte con su médico. Aquí no dispensamos panacea	262
15. <i>All work and no play makes Jack a dull boy</i>	291
16. La magia de las palabras	308
17. <i>Mens sana in corpore serrano</i>	324
18. El hombre es la medida de todos los nombres. Etimologías y curiosidades de los nombres propios .	339
19. De la voz al diccionario. Palabras que nacen de onomatopeyas y expresiones espontáneas	365
<i>A modo de epílogo. De la etimología y lo humano</i>	381
<i>Bibliografía general</i>	385
<i>Índice etimológico</i>	391

PRÓLOGO

Decía el filósofo Platón en su diálogo *Gorgias* que κόσμος πόλει μὲν εὐανδρία, σώματι δὲ κάλλος, λόγῳ δὲ ἀλήθεια*, es decir, «adorno para la ciudad es la abundancia de buenos hombres, para el cuerpo la belleza, para las palabras la verdad». Y esa verdad, que Platón refería aquí al contenido del discurso y a la veracidad del sentido de las palabras de uno, se extiende también al campo de la semántica de las palabras. Y es que solo desvelando y sacando a la luz el significado histórico oculto de las palabras conoceremos su verdadero significado, a menudo oculto para nosotros. Eso mismo era la verdad para los griegos, la ἀλήθεια («alētheia») de la que nos habla Platón, que en griego deriva del sufijo privativo ἀ- («a-») y el verbo λήθω («lēthō»), ocultarse. La verdad griega, de la que deriva el nombre propio ALICIA, es la cualidad de no estar oculto, de ser patente a nuestra vista y percepción intelectual. Ese es el cometido de la ciencia etimológica, como cualquier otra ciencia: sacar la verdad a la luz de las tinieblas de la ignorancia, cometido a veces dificultoso

* «Κόσμος πόλει μὲν εὐανδρία, σώματι δὲ κάλλος, λόγῳ δὲ ἀλήθεια», Gorg. B 11.1

debido a la falta de conocimiento lingüístico y escasez de testimonios, pero en el que los filólogos se afanan con ahínco.

No nos ha de sorprender, pues, que ese afán de esclarecer la veracidad primigenia del significado de las palabras se encuentre en la misma raíz de la ciencia etimológica. Y es que la ETIMOLOGÍA, en griego *ἐτυμολογία* («etymología»), alberga en su raíz el adjetivo *ἔτυμος* («étymos»), que significa en griego real o verdadero. La etimología se guía por la misma máxima que la ciencia histórica, con la que comparte a menudo grandes rasgos: conociendo el origen de un hecho o acontecimiento, en este caso, vocablo, conoceremos la verdad sobre ello. La etimología nos permite, por ejemplo, saber que el nombre (en realidad sobrenombre) del filósofo antes citado, PLATÓN, en griego Πλάτων («Plátōn»), proviene del adjetivo πλατύς («platýs»), ancho, que según la hipótesis clásica se refería a su fornida corpulencia y la anchura de sus espaldas. O que uno de los componentes de la palabra ἀλήθεια antes mencionada, el verbo λήθω, es un cognado, es decir, comparte origen, con el verbo latino *lateo*, que también significa esconderse, y al que los latinos atribuían la paternidad del nombre de su región, el *Latium*, actual LACIO. La etimología también nos revelará que el término COGNADO antes empleado, que a los lectores inexpertos puede parecer un palabro incomprensible, viene del latín *cognatus*, nacido de la misma madre, pariente. Con ese significado se emplea para referirse a dos palabras emparentadas entre sí. La mayoría de palabras tienen sus parientes o cognados, incluyendo el mismo cognado, que ha dado en castellano CUÑADO.

Sin embargo, antes de perdernos en el placentero océano de las etimologías, conviene realizar una serie de consideraciones para dejar en claro el objetivo de este libro y las pautas que hemos seguido a la hora de confeccionarlo. Al escribir un libro que trate sobre cualquiera de las ramas del saber, siempre encontramos divergencias entre escritores. Entre el libro erudito y culto y el libretto más popular media un océano, y la vertiente culta y científicamente correcta y la divulgativa son a veces difíciles de conjugar. Siendo como somos aristotélicos recalcitrantes, hemos intentado aunar en este libro la precisión y co-

rrección propias de un escrito riguroso, con una redacción y estilo que pueda ser también interesante y accesible al lector medio, para que todos puedan disfrutar del origen arcano de las palabras. Esperamos que el lector más experto sepa excusar las posibles chabacanerías e imprecisiones que se hayan podido cometer, al igual que esperamos que el lector menos avezado sepa excusar nuestra ocasional pedantería, deformación profesional de casi cualquier filólogo.

Ante todo, el propósito principal de este libro es la **DIVULGACIÓN**, es decir, la *divulgatio* latina, que a través del prefijo *dis*, que indica repartimiento o dispersión, y el sustantivo *vulgus*, pueblo, masas, transmite el concepto de hacer algo accesible a todo el mundo. Este propósito condiciona en cierta medida los aspectos formales del libro, aunque hemos preferido en la mayoría de ocasiones seguir el estándar filológico vigente. Así las cosas, el lector encontrará que los verbos griegos y latinos se enunciarán primordialmente en primera persona, como hemos hecho anteriormente con los verbos $\lambda\acute{\iota}\theta\omega$ y *lateo*, respetando los estándares de la filología clásica. Otras veces, sin embargo, citaremos la forma del verbo que más se acerque a la actual, para hacer más patente el origen de la palabra a aquellas personas poco conocedoras de las leyes de la evolución fonética. Lo mismo se aplica para el resto de categorías gramaticales como sustantivos y adjetivos, en los que antepondremos ocasionalmente la comprensión a la regularidad académica. Creemos que la comprensión por parte del mayor número posible de lectores justifica esta pequeña licencia, perfectamente acorde, por otra parte, con el espíritu de la divulgación.

En otros aspectos, sin embargo, hemos procurado guardar mayor exactitud y pulcritud, buscando el siempre esquivo y nunca alcanzado punto medio. En cuanto a las transcripciones del griego, por ejemplo, hemos seguido la pauta marcada por el diccionario de la Real Academia Española, que incluye cromas para indicar la cantidad vocálica y algunas transcripciones quizás difíciles de interpretar para el lector no versado en griego. Creemos, sin embargo, que en este caso la exactitud no entorpecerá grandemente la comprensión

de la mayoría de lectores, con lo que hemos intentado mantener una transcripción más pura. Siendo como somos los autores provenientes de la filología clásica, hemos optado por realizar nosotros mismos las transcripciones. Lo mismo se aplica para las traducciones de textos clásicos, que, salvo referencia explícita, han sido realizadas por nosotros. Tanto en un apartado como en otro, es indudable que algún error ha debido de escapar a nuestra humana y falible inteligencia, fruto del descuido o de la ignorancia. Invitamos desde aquí al benevolente lector para que, si detecta alguno en el transcurso de la lectura de este libro, nos haga llegar su amable corrección, que enmendaremos con gusto en ediciones futuras.

Y es que la etimología es a veces una ciencia resbaladiza, en la que los mayores expertos no están libres de equívoco o enmienda. El mismo San Isidoro de Sevilla, autor de las *Etimologías*, el mayor libro compilatorio del saber de la Antigüedad, no deja de dar pábulo a etimologías inventivas o incorrectas, como veremos a lo largo de este libro. Nosotros hemos tratado de ser lo más correctos y actualizados posibles en este libro, de objetivo no compilatorio o de consulta, sino de divulgación y agradable lectura, tal y como recalcábamos hace poco. Hemos tratado de dar una versión lo más correcta y actualizada posible de la etimología de las palabras con las referencias en mano. Es también de rigor, pese a todo, que alguna tesis anticuada o incorrecta haya hecho involuntaria entrada en este libro. Apelamos aquí de nuevo a la benevolencia de los lectores más expertos: si ven ustedes alguna cuestión incorrecta, dudosa o matizable en este libro, hágannos llegar su comentario o enmienda, que leeremos y aplicaremos con gusto, de darse el caso.

Sin más dilación ni prolegómenos, a riesgo de impacientar al ávido lector, damos por terminada esta breve introducción, que esperamos haya satisfecho las dudas sobre nuestros estándares a la hora de componer este libro. No es más que un breve aperitivo con el que *abrir el apetito* de cualquier curioso devorador de etimologías. El menú de palabras se extiende a lo largo de las siguientes e interesantes páginas (o al menos eso creemos nosotros). Tengan una agradable lectura.



1

PON UN DIOS
GRECOLATINO EN TU VIDA.
DE LAS ARTES MARCIALES
A LA VIAGRA

Y no te engañes, no digas
que era un sueño, que tus oídos te confunden,
quedan las súplicas y las lamentaciones para los cobardes,
deja volar las vanas esperanzas,
y como un hombre desde hace tiempo preparado,
deliberadamente, con un orgullo y una resignación
dignos de ti y de la ciudad
asómate a la ventana abierta
para beber, más allá del desengaño,
la última embriaguez de ese tropel divino,
y saluda, saluda a Alejandría que se marcha.

CONSTANTINO CAVAFIS, *El dios abandona a Antonio*.
Versión de Aurora Bernárdez

Como ya describió el insigne poeta griego Cavafis en el magnífico poema que citamos, en estos tiempos de ilustración donde el saber científico ilumina los rincones más insospechados de nuestras vidas, podríamos sentir la tentación de pensar que los dioses, esos antiguos dioses grecorromanos que otrora pulularan a sus anchas por el mundo de los clásicos, han abandonado este mundo, y que se han marchado con su Alejandría a otra parte, buscando lugares que les

sean más propicios que nuestra avara tierra, que no les otorga ya el culto que se merecen. Sin embargo, quien pensara que el Zeus griego o la Venus de los romanos dejaron estos lares hace tiempo, bien se equivoca: viven todavía en las palabras que a diario y cotidianamente proferimos, su aliento es el nuestro. En efecto, muchos de los vocablos que hoy en día empleamos tienen como referente último alguna de las figuras de la mitología grecorromana. Dioses como la pasional Afrodita o el belicoso Marte siguen formando parte de nuestras vidas, muchos siglos después de que los humanos dejaran de creer en ellos (neopaganos aparte, pero esos son de otra pasta). Acompañennos en este recorrido por el cielo, el tiempo y la vida, pasando por las energías renovables o los desayunos de todos los días.

PALABRAS DIVINAS

El poema de Cavafis se enmarca en el contexto histórico de la guerra civil entre Augusto y Marco Antonio, hijo adoptivo y lugarteniente de César, respectivamente, que se disputaban el poder en el marco de la República romana tardía, desde Roma el uno, y desde Alejandría el otro, donde residía entre mieles con su amante Cleopatra. Cavafis narra el momento en que, cercana su derrota, Marco Antonio es abandonado por Baco, el dios del vino y los impulsos primigenios, su divinidad tutelar, que ya no le favorece ante la inminente derrota y caída de Alejandría en manos de las tropas de Augusto. Solo podemos imaginarnos el PÁNICO que Marco Antonio sintió en esos instantes desesperados, una sensación, el pánico, que hunde sus raíces en la mitología griega, pues detrás de su nombre hallamos al dios PAN (en griego Πάν), dios primigenio de las fuentes y los bosques, que, según los antiguos, podía producir sonidos terribles y fenómenos naturales inexplicables que causaban terror en sus incautas víctimas. En la mitología romana, su equivalente sería Fauno, cuya hermana, FAUNA o Bona Dea, diosa de la

fertilidad, dio nombre al conjunto de animales que habitan una región. Al conjunto de plantas, sin embargo, se le dio nombre FLORA, otra diosa romana, en este caso de las flores y la vegetación.

Pero sin irnos por las ramas del bosque por el que trota Fauno, volvamos a nuestro pobre general romano. Baco dejó en la estacada a su protegido Marco Antonio, pero a nosotros no nos ha abandonado: Baco y su contraparte griega, Dioniso, siguen vivos en nuestro lenguaje cotidiano. Así, cuando hablamos de fiestas u orgías de gran desorden y desfase, todavía empleamos el término BACANAL, relativo a Baco, por las grandes celebraciones, repletas de vino y desenfreno erótico, que se celebraban en honor a este dios. Si queremos ser pedantes, hasta llamaremos a los participantes en dichos eventos BACANTES, del latín *bacchans-antis*, adoradores de Baco, que celebraban con locura y ebriedad el culto al dios. Podríamos también usar MÉNADE, del griego *μαινάς*. -άδος («mainás-ádos»), enajenada, enloquecida, aunque aconsejamos no ensayar tales niveles de pedantería sin ayuda profesional. El adjetivo DIONISÍACO, por otra parte, se emplea todavía para denominar a las personas impulsivas o frenéticas. He ahí un dios griego que permanece vivo en nuestro acervo cultural, tantos años después.

La misma noción de divinidad en castellano nos trae ecos clásicos. Y es que la palabra DIOS, que procede del latín *deus*, es cognado y comparte origen con las divinidades más importantes de la mitología grecorromana. En efecto, tanto *Ζεύς* o Zeus como el romano *Iovis* (siendo *Iuppiter-Iovis*, o Júpiter, resultado de la forma *Iove Pater*, padre Jove) provienen de una raíz común al *deus* latino, el protoindoeuropeo (tomen palabro) **deywós*, raíz que también comparten otras muchas divinidades principales de los panteones indoeuropeos. Vemos, pues, que las nociones relativas a lo divino y celestial tienen mucho que ver entre sí en las culturas indoeuropeas. Celestial, remarcamos, porque dicha raíz **deywós* no es otra cosa que una variante de **dyéws*, que significa cielo, y del que deriva también... pues nada más y nada menos que el latino *dies*, el origen de nuestro

DÍA. Así que resulta que Zeus, Júpiter, Dios y día son cognados y provienen de un mismo origen celestial. Podríamos decir, pues, que indirectamente invocamos a Zeus todos los días.

Zeus y Júpiter, dioses distintos, pero que con la helenización progresiva de Roma se sincretizarían en una sola figura, ocupaban un papel importante en las respectivas mitologías de sus pueblos. Para algo eran los jefes del cotarro, vaya. Tan central era el papel de su padre *Iove* en la cosmogonía romana, que los latinos remontaban el origen del nombre de su región, el LACIO (o *Latium*, como le llamaban ellos), y por extensión, su lengua, el LATÍN, que deriva del primero, al episodio del ascenso al trono de los cielos del joven Júpiter.

Según cuenta la leyenda, en tiempos pretéritos Saturno gobernaba en los cielos. Sin embargo, una profecía hecha al dios rezaba que uno de sus hijos lo destronaría, al igual que él había depuesto a su padre, Caelo. Para evitarlo, Saturno devoraba a sus hijos nada más nacer. Otras versiones cuentan que Titán, su hermano mayor, había cedido a Saturno el gobierno de los cielos, con una condición: que no tuviese vástagos que lo sucedieran. Fuese cual fuese el motivo, el resultado era el mismo: todos los hijos de Saturno acabaron en su vientre. Todos, excepto el último. Harta de la situación, Ops, su esposa, decidió esconder a su último hijo, Júpiter, y darle una piedra envuelta en pañales a Saturno, quien, sin notar el engaño, procedió a comérsela. Júpiter creció a escondidas de su padre, y, al llegar a la edad adulta, destronó a su padre, liberó a sus hermanos y, en algunas versiones, derrota a Saturno y los titanes en la Titanomaquia, y los destierra. Saturno acabó exiliado, reducido a la condición de simple mortal, y tuvo que esconderse (*lateo*) en el LACIO, donde acabaría siendo nombrado rey. De ahí que, para los romanos, el Lacio fuese el lugar donde se escondió Saturno. El latín mismo tiene detrás de su nombre a una divinidad, para que veamos cuán profundas se hunden las raíces de las palabras.

Toda una ODISEA la de Saturno, un término que nos llega del griego Ὀδυσσεΐα, viaje de Odiseo, pues fue legendario el viaje o PE-

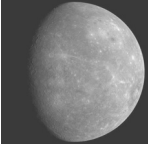
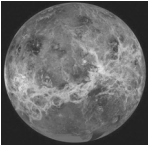
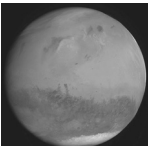


RIPLO (del griego περιπλους, circunnavegación) que realizó el héroe aqueo en su regreso de la Guerra de Troya. En un momento dado, Odiseo, Ulises en latín, se tiene que acercar a la morada de EOLO, en griego Αἴολος («Aíolos»), divinidad griega de los vientos. Odiseo le solicita ayuda para llegar a Ítaca, su isla natal, para lo que tiene que hacer frente a la ira de Poseidón, dios del mar. Eolo, enfadado con Poseidón, decide ayudar al héroe dándole un saco donde se hallan encerrados todos los vientos. Podríamos decir que el dios griego trata de ayudar a Odiseo con algo de ENERGÍA EÓLICA, esa energía renovable que empleamos hoy en día y, en efecto, deriva su nombre del dios griego. No en vano Eolo sigue, con sus vientos, recorriendo ese antiguo cielo, que comparte nombre con el ya mencionado abuelo de Júpiter.

UN REPASO CELESTIAL

Y no en vano el abuelo de Júpiter se llamaba Caelo, es decir, Cielo, equivalente latino del dios Urano de los griegos, pues en los cielos gobierna él y el firmamento era el espacio que romanos y griegos, al menos en las versiones clásicas de su mitología que nos han llegado, asociaban a sus divinidades. No es de extrañar, pues, que dieran el nombre de sus dioses a los PLANETAS, palabra que, por cierto, viene del griego πλανήτης («planētēs»), que significa errante o vagabundo, pues estos cuerpos celestes eran para los antiguos los que tenían un movimiento más perceptible en el cielo. Sin embargo, el origen del saber astronómico antiguo es un complejo viaje cultural, que no comienza con los griegos, sino con las antiguas civilizaciones de Mesopotamia. Y es una historia que merece la pena conocer, aunque sea brevemente.






Los mismos antiguos eran ya conscientes de que la astronomía como ciencia se había originado en el Oriente Medio. El propio Cicerón, en su tratado *De divinatione*, que aborda temas como la astrología o la adivinación, afirma que *al principio los asirios (...), a cau-*

sa de la inmensidad y llanura de las regiones que habitaban y, como veían el cielo claro y abierto por todas partes, observaron las trayectorias y movimientos de los planetas (I, 2). Según el catedrático de Filología Griega Aurelio Pérez Jiménez, los pueblos del Tigris y el Éufrates, que practicaban una religión más celeste que la de los griegos, más cívica y centrada en los asuntos relativos a la polis, asignaron una divinidad tutelar a cada astro, y bautizaron el Sol, la Luna, y los cinco planetas (curiosamente, el Sol y la Luna se consideraban planetas durante la Antigüedad) con nombres de divinidades de su propio panteón. Así, entre los acadios, por ejemplo, la Luna recibía el nombre de Sin, su dios tutelar, el Sol el de Shamash, Mercurio era Nabu, Venus era Ishtar, y Marte, Júpiter y Saturno se llamaban Nergal, Marduk y Ninurta, respectivamente.

	Nabu	Hijo de Marduk, divinidad patrona del mundo mesopotámico. Dios de la escritura, los escribas, las artes racionales y el lenguaje.
	Ishtar	Diosa sincrética que incorpora aspectos de la Diosa Madre de la fertilidad. Relacionado con el amor, la guerra, la sensualidad y la sexualidad.
	Nergal	Dios de la guerra, que posteriormente pasa a reinar en el inframundo.
	Marduk	Líder del panteón babilonio.
	Ninurta	Dios granjero de la <i>agricultura</i> , entre otros muchos aspectos.

Comparando con sus colegas asirios, los griegos no tenían, al menos al principio, una ciencia astronómica así de desarrollada. Identificaban y nombraban pocos planetas como tales, y no se preocupaban en exceso por las cuestiones del firmamento. Hesíodo, por ejemplo, solo identifica el Sol, la Luna y Venus, al que llama φωσφόρος («phōsphóros», en latín *lucifer*) que significa portador de luz, por ser este planeta el lucero del alba. Para quienes se lo pregunten, los FÓSFOROS actuales tienen un nombre del mismo origen, que fue dado por sus descubridores al elemento químico homónimo, que se enciende con la fricción y se convierte, por lo tanto, en portador de luz.

Pero, retomando el hilo planetario, los griegos no pasaron mucho tiempo ignorantes: al igual que hoy en día muchos occidentales viajan a Oriente en busca de iluminación espiritual, los sabios griegos, como Tales de Mileto, pronto viajaron a Egipto y Mesopotamia en busca de saberes que ellos no poseían, y entre ellos se encontraron con la astronomía y la astrología. De los mesopotámicos los griegos no solo heredaron el sistema de constelaciones, tema muy interesante y que tiene gran relación con la mitología clásica, pero que en este libro no podremos cubrir, sino que también tomaron los nombres de los planetas, que tradujeron directamente del babilonio, sustituyendo los dioses mesopotámicos por su más cercano equivalente en la cultura griega. Los romanos repitieron el mismo proceso, adaptando los nombres a su propio panteón, y estos son los que han llegado hasta nosotros. Y no solo adaptaron los nombres, sino que crearon símbolos que representaban a los planetas, que después recuperarían y fijarían los astrónomos que, durante el Renacimiento, se basaron en la ciencia griega para construir el saber moderno. Así quedó el sistema planetario grecorromano:

	Hermes/ Mercurio	<p>Dios mensajero del comercio, las artes fabriles, la escritura, las lenguas y la interpretación. Su símbolo representa al CADUCEO (del latín <i>cādūceus</i>) que portaba como mensajero.</p>
	Afrodita/ Venus	<p>Diosa del placer y del amor sensual, que sustituye a la babilonia Ishtar. Su símbolo deriva de la evolución de la letra griega φ («phi»), la inicial de su antiguo nombre.</p>
	Ares/ Marte	<p>Dios de la guerra que incorpora el aspecto bélico de Nirgal. El color rojizo de Marte acentúa su relación con la sangre y con la guerra. Su símbolo es, según fuentes antiguas, una estilización del escudo y la lanza de Marte.</p>
	Zeus/ Júpiter	<p>Líderes de sus respectivos panteones. El origen de su símbolo no está claro: parece que en un principio sería ζ o dseta, la letra griega con la que los astrónomos medievales representan al planeta, al que se le habría añadido un trazo vertical para sugerir una cruz cristiana en el Renacimiento.</p>
	Crono/ Saturno	<p>Crono y Saturno eran deidades que habían gobernado el cielo antes de ser destronados por sus hijos Zeus y Júpiter, pero también eran dioses de la agricultura y la fertilidad, particularmente Saturno. El símbolo inicial era una estilización de la hoz, al que se le añadió una cruz en el siglo XVI para su cristianización.</p>

Sin embargo, la historia de los símbolos planetarios y los atributos de los dioses no acaba ahí. Por ejemplo, el CADUCEO de Hermes, que consta de dos serpientes entrelazadas y unas alas en su parte alta, se emplea como símbolo de la negociación internacional, del comercio y el intercambio, por estar estos campos relacionados con

los atributos del dios. Curioso que Hermes y Mercurio también fueran dioses titulares de los ladrones... La utilización del caduceo también se extiende al mundo de la impresión, donde se utiliza por la asociación de este con la escritura. Erróneamente, a veces también se emplea como símbolo de la medicina, por confusión con la VARA DE ASCLEPIO, que representa a dicho dios de la medicina, pero que cuenta solo con una serpiente enroscada en torno a una vara.

Por otra parte, el lector curioso también se habrá dado cuenta de que los símbolos que empleamos nosotros para denotar los géneros masculino (♂) y femenino (♀) se corresponden con los símbolos del planeta Marte y Venus. Esto no tiene nada que ver con el famoso libro de John Gray *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*, sino que es un uso que se remonta al siglo XVIII. Fue en esa época en el que el famoso botánico y zoólogo Carlos Linnaeus (1707-1778) empleó estos símbolos en su obra para representar a los sexos masculino y femenino, junto con el símbolo de Mercurio (☿) que empleó para clasificar a los especímenes intersexuales. Del terreno biológico y científico, los símbolos dieron un salto en el siglo XX al terreno sociológico, y han acabado adquiriendo el uso que hoy nosotros les damos.

No obstante, hoy en día sabemos que existen más planetas y objetos celestes en nuestro sistema solar, descubiertos muchos más tarde que la época clásica, y que seguramente poseen nombres que poco tienen que ver con los antiguos dioses... Pues no. Los astrónomos de los siglos XVIII, XIX y XX, que fueron descubriendo diversos cuerpos celestes, decidieron seguir nombrándolos de acuerdo con la costumbre antigua. Por ello, cuando el astrónomo germano-británico William Herschel descubrió un nuevo planeta en 1781, aunque sopesó nombrarlo *Georgium Sidus*, o «planeta de George» en honor al que por entonces era monarca del Reino Unido, otros astrónomos enseguida propusieron cambiar el nombre a URANO, que seguía la convención establecida al nombrar el planeta en honor al dios griego del cielo, quien había sido destronado por su hijo Crono (el Saturno latino). Este, tras castrarlo, lanzó sus atributos al mar,

y de la espuma generada nació Afrodita, diosa del amor. Ocho años después del descubrimiento del planeta, el químico Martin Heinrich Klaproth descubrió un elemento químico nuevo, el URANIO, que bautizó en honor al astro recién descubierto.

La costumbre se mantuvo durante todo el siglo XIX. En 1801 el astrónomo siciliano Giuseppe Piazzi descubrió, en el cinturón de asteroides principal que se encuentra entre Marte y la órbita de Júpiter, un pequeño cuerpo celeste que consideró un planeta enano. Lo llamó *Cerere Ferdinanda*, o Ceres Ferdinando, en honor al por entonces monarca siciliano Fernando. La parte de la monarquía quedó pronto abandonada, sin embargo, y el planeta enano, que hoy en día se considera un asteroide, pasó a llamarse CERES, en honor a la diosa romana de la agricultura, que, según los mitos antiguos, había nacido en Sicilia. Para los que les resulte arcano el nombre de Ceres, convendría que se dieran cuenta que es muy probable que sea la que les dé de comer en los desayunos... y es que los CERALES, del latín *Cerealis*, relativo a Ceres, derivan su nombre de la diosa, por ser esta la divinidad de la agricultura y, en particular, de este tipo de cultivos.

Siguiendo con el hilo de los descubrimientos, en el año 1846, el matemático francés Urbain le Verrier predijo, basándose en la existencia de perturbaciones en la órbita de Urano, la existencia de otro planeta más allá de este. Basándose en sus cálculos, el astrónomo alemán Johann Gottfried Galle descubrió un nuevo planeta, al que llamaron NEPTUNO, en honor al dios romano del mar. El mismo Le Verrier también propuso una hipótesis, que hoy sabemos que es errónea, para explicar las perturbaciones en la órbita de Mercurio, que postulaba que eran el efecto de un planeta más cercano al sol, de nombre VULCANO, en honor al dios romano del fuego y la metalurgia. Hoy sabemos que el planeta Vulcano no existe, pero sí que sabemos de la existencia de los VOLCANES, que derivan su nombre del mismo dios, al pensar los antiguos que las actividades de los volcanes se debían al dios homónimo.

Hubo que esperar hasta el siglo xx, concretamente hasta 1930, para que el astrónomo estadounidense Clyde Tombaugh descubriera el planeta PLUTÓN, que se nombró en honor al dios romano del inframundo, equivalente al griego HADES, que también era llamado Πλούτων («ploutōn»), el rico, raíz que hoy conservamos en términos como PLUTOCRACIA (el gobierno de los ricos). Pocos meses después, el estudio de animación Walt Disney sacó a escena al personaje animado de PLUTO, y, aunque el mismo Walt Disney afirmaba no recordar el porqué de haber nombrado así al personaje, varios animadores que trabajaban para él creían que había sido una maniobra para aprovecharse de la notoriedad del recién descubierto planeta. De dios del Inframundo a dibujo animado perruno... quién lo hubiera dicho.

LOS MESES Y LOS DIOSES

Pero no solo por el cielo siguen pululando los antiguos dioses, y es que también tienen un papel destacado en la formación de nuestro CALENDARIO (del latín *kalendarium*, y este de *kalendae*, los primeros días de cada mes), que deriva del romano. De los antiguos nombres que usaban los romanos, pues, provienen los nombres de nuestro calendario. El calendario romano contaba, en un principio, con diez meses lunares. El invierno no tenía meses asignados. Fue Numa Pompilio, rey mítico de la Roma temprana, quien instituyó los dos primeros meses del año correspondientes al invierno. Hasta entonces, el calendario romano comenzaba en marzo, mes del equinoccio de primavera, y duraba 304 días. El primer mes, *Ianuaris*, por ser el mes que abre el año, estuvo dedicado a un dios (algo frecuente entre los romanos), en concreto a Jano, dios de las puertas, los comienzos y los finales. De ahí viene nuestro ENERO (Ianuarius > Januairo > Janeiro > Janero > Enero). En honor a Jano, *Ianus* en latín, las puertas se empezaron a nombrar *Ianua*, y de ahí deriva el término inglés para portero, que no es otro que *janitor*.

El segundo mes, *Februarius*, estaba dedicado a la festividad purificadora de las *februa*, que se celebraba durante las *lupercales*, fiestas dedicadas a la mítica loba Luperca que amamantó a Rómulo y a Remo. El ritual tenía raíces en un equivalente sabino, donde se empleaban las *februa* (singular *februum*), una especie de correas votivas hechas con la piel de una cabra sacrificada al efecto, con las que los jóvenes escogidos golpeaban a las muchachas en un ritual de fecundidad. De *Februarius* proviene nuestro FEBRERO. El tercer mes del año, antes primero, era el mes de *Martius*, el mes dedicado a Marte (latín *Mars*), dios de la guerra y la batalla, de gran importancia para los belicosos romanos. De ahí deriva nuestro MARZO.

El cuarto mes era el mes de *Aprilis*, de origen ignoto. Quizá provenga, a través de la forma **aperilis*, de *aperire*, abrir, por ser el mes en el que se «abre» la naturaleza en su pleno vigor. A esta tesis se suman autores clásicos como Ovidio. Otra hipótesis lo relaciona con *aphrós* (del griego ἀφρός, espuma), de la misma raíz que Afrodita, diosa griega del amor, pues *Aprilis* era el mes consagrado a Venus, la equivalente romana de Afrodita. De *Aprilis* deriva nuestro ABRIL. Pero no es esta la única palabra que nos ha legado la sensual diosa griega, pues todavía empleamos el término AFRODISÍACO para referirnos a sustancias o productos que aumentan o favorecen la excitación sexual. Tenemos dioses hasta en la viagra.

El quinto mes del año era *Maius*, también de origen incierto. Puede que tenga que ver con la diosa Maya (latín *Maia*), también llamada *Bona Dea* o Buena Diosa, numen de la primavera y la abundancia, o con *Maius* (contracción de *Maximus*) *Iuppiter*. De *Maius* proviene MAYO. El sexto mes era *Iunius*, mes dedicado a *Iuno* o Juno, diosa del hogar y el matrimonio, celosa esposa de Júpiter. De *Iunius* deriva nuestro JUNIO. El séptimo mes se llamaba *Quin(c)tilis*, quinto, por ser el quinto del primitivo calendario. En honor al divinizado Julio César, general y dictador romano, el Senado decretó cambiar el nombre a *Iulius*, pues César había nacido el 13 de ese mes. De *Iulius* deriva JULIO. Otro tanto ocurrió con el octavo mes, *Sextilis*, sex-

to, cuyo nombre se cambió, en el año 8 a. C., por el de *Augustus*, en honor a César Octavio, hijo de Julio César, investido primer emperador de Roma con el título de Augusto. De *Augustus* proviene AGOSTO.

El noveno mes era *September-bris*, de *septem*, siete, por ser el séptimo del primigenio calendario, que, recordemos, tenía solo diez meses. Lo mismo ocurre con los restantes meses: *October*, *November* y *December*; octavo, noveno y décimo, respectivamente. De *September*, *October*, *November* y *December* derivan nuestros SEPTIEMBRE (la RAE admite también la grafía SETIEMBRE), OCTUBRE (también OTUBRE), NOVIEMBRE y DICIEMBRE (tradicionalmente, también DECIEMBRE).

LOS DIOSES Y LOS DÍAS

Decíamos antes que los dioses pululan a nuestro alrededor en el día a día, y esto no podría ser más acertado. Y es que los mismos días de la semana derivan sus nombres, en inmensa mayoría, de algún dios de la mitología grecolatina. Si exceptuamos el SÁBADO, que proviene, a través del griego σάββατον («sábbaton»), y el hebreo *šabbāt*, del acadio *šabattum*, descanso, pues este era el día reservado al descanso en la religión judía; y DOMINGO, que se remonta ya al *dies dominicus* o día del Señor de época cristiana, el resto de días de la semana tienen que ver con dioses romanos. Es el caso del LUNES, día por algunos tan odiado, que deriva su nombre de la denominación latina *dies Lunae*, pues dicha jornada se hallaba consagrada, como los perspicaces lectores ya habrán adivinado, a la diosa Luna. Dicha diosa en griego se llama Σελήνη o Selene, de donde nos llegan el nombre propio Selena y la denominación SELENITA para los habitantes fantásticos de nuestro satélite, o los objetos que de ese astro nos provengan.

Otro tanto podemos decir del MARTES, que no es otro que el latino *dies Martis*, o día de Marte, dios de la guerra, tan importante para

los beligerantes romanos. En efecto, Marte era el dios de la guerra, la agresividad y la lucha, y era una divinidad central en la cosmogonía romana, puesto que la conquista y la guerra fueron aspectos fundamentales de la civilización romana, siempre con vistas a expandirse. El arte de la guerra, pues, también fue llamado en occidente ARTE MARCIAL, siendo marcial un derivado de *Martialis*, relativo a Marte. Cuando a lo largo del siglo XIX los europeos se encontraron con las diversas escuelas y técnicas de defensa personal que poblaban Asia, no dudaron en calcar el término japonés *bujutsu*, que se traduce más o menos como técnica (*jutsu*) de la guerra (*bu*) como arte marcial. Quién nos diría que Jackie Chan tiene que ver con el dios romano de la guerra...

Nuestro MIÉRCOLES no es otro que el descendiente del antiguo *dies Mercurii*, pues los romanos dedicaron el tercer día de la semana a su dios Mercurio que, como ya decíamos antes, era el mensajero de las divinidades y dios tutelar del comercio, los viajeros, los ladrones y demás rufianes, además de inventor de la lengua y el arte de la interpretación. Un dios muy pillito con el que hay que andarse con cuidado, vaya. Su mismo nombre es testigo de su asociación temprana con el mundo del comercio, pues es más que probable que este tenga que ver en su origen con la palabra latina *merx*, que significa mercancía o bien. Su contraparte griega era Hermes (griego Ἑρμῆς). Dato curioso para los *fans* de Harry Potter: el nombre Hermione, o Hermíone en castellano, es un nombre propio derivado del dios Hermes, que significaría a grandes rasgos «dedicada a Hermes». En la Grecia antigua Hermes también contaba con el mencionado papel de dios creador de las lenguas y amante de las ambigüedades y los dobles sentidos, con lo que se le considera padre y patrón de la HERMENÉUTICA, o ciencia de la interpretación de los textos, que debe su nombre al griego ἑρμηνεύω («hermēneúō», traducir, interpretar), en cuyo origen se ha querido ver desde antiguo una raíz común con Hermes.

Por otra parte, Hermes también nos lega la palabra HERMÉTICO, que llega hasta nosotros envuelto en un aura de saberes secretos, complejos conocimientos simbólicos, esoteria y alquimia. En efecto, HER-

MÉTICO, que hoy en día significa impenetrable, cerrado, aun tratándose de algo inmaterial, deriva de la secta de los Herméticos, una escuela de pensamiento ocultista y simbólico que se basaba en el *Corpus Hermeticum*, una serie de textos sapienciales del siglo II a. C. atribuidos a Hermes Trimegisto, o sea, Hermes tres veces grande, epíteto asociado a una divinidad sincrética que mezclaba influencias del Hermes griego y del dios de la sabiduría egipcio Tot. Los textos herméticos dieron lugar a una tradición esotérica o de pensamiento oculto que se basaba en el pensamiento simbólico y una visión religiosa ecléctica, que haría las delicias de cualquier autor dado a las conspiraciones como Dan Brown (donde estén los herméticos, que se quiten los *Illuminati*). Las obras herméticas tuvieron un renacer importante en la Edad Media y el Renacimiento, época donde filósofos y autores como Tommaso Campanella o Giordano Bruno vieron a Hermes Trimegisto como un sabio profeta pagano que predijo la llegada del cristianismo. Las ideas herméticas se asociaron con la alquimia y otras corrientes esotéricas, y de ahí la relación con lo oculto, simbólico e intangible, sentido que guardamos en nuestro vocablo HERMÉTICO.

Siguiendo con nuestro recorrido por los días de la semana, nos encontramos con el JUEVES, que no es otro que el *dies Iovis*, o día de Júpiter, del que ya hemos hablado antes en este mismo capítulo. Pero no es este el único rastro del padre *Iove* en nuestro lenguaje, pues tenemos entre nosotros al adjetivo JOVIAL, que significa alegre, contento de espíritu, y, contrariamente a lo que se podría creer, no tiene que ver con joven, sino que proviene del latín *Iovialis*, relativo a Júpiter. Para explicar su significado, hemos de acudir a la cultura antigua, puesto que las creencias astrológicas, según las cuales las derivas y movimientos de los astros tienen influencia en los seres terrestres, eran muy frecuentes y practicadas en la Antigüedad. Poco hemos cambiado en algunos aspectos, y seguramente los romanos ya discutían el horóscopo mientras charlaban en las letrinas, como era habitual por entonces. Por cierto, que HORÓSCOPO viene del griego ὀροσκόπος («hōroskópos»), que significa «el que mira la

hora», pues para el horóscopo se consulta la hora o época de nacimiento de una persona. Según estas creencias astrológicas, las personas nacidas bajo el signo del planeta Júpiter (que ya recibía ese nombre en la Antigüedad) eran más alegres y propensas al contento, es decir, más JOVIALES. De ahí que los alegres cuenten aún hoy en día con la protección del dios padre Júpiter.

Y llegamos al final del capítulo con el último día de la semana dedicado a un dios, o diosa, en este caso, romana: el VIERNES, relativo a la diosa VENUS, la ya mencionada diosa del amor y la sensualidad, en sus distintas advocaciones. Y es que no solo detrás del viernes se halla Venus. Hablamos a menudo de enfermedades VENÉREAS, significando en su origen relativo a Venus y, por extensión, al acto sexual. Sorprendentemente, gran parte de término que hoy manejamos, a un nivel culto, en un contexto erótico tienen que ver con esta divinidad. El mismo vocablo ERÓTICO proviene de EROS, en griego ἔρως («érōs»), hijo de Venus, la diosa del amor, pero también su amante (ahí es nada). En efecto, Venus es conocida por tener un gran número de amantes a lo largo de su existencia, entre los que podemos contar, por ejemplo, a ADONIS, que era conocido por su belleza y cuyo nombre todavía empleamos para referirnos a jóvenes de gran belleza.

Como hemos visto, grande y notorio es el impacto que los dioses grecorromanos tienen y han tenido en nuestra cultura, desde la época clásica y pasando por el Renacimiento, y eso ha tenido un reflejo en nuestro vocabulario. Aquí solo les hemos podido ofrecer una pequeña parte de ese inmenso legado, que entronca con el gran acervo clásico que poseemos. Podríamos incluso seguir enumerando, y contarles, por ejemplo, cómo un travieso dios con el miembro viril permanentemente erecto, PRÍAPO, dio origen al trastorno que tiene como principal síntoma, precisamente, la dureza permanente del pene, el PRIAPISMO. Sin embargo, esas cosas las reservamos para el capítulo siguiente, en el que les daremos a conocer etimologías relacionadas con la actividad venérea de la que antes hablábamos, siendo finos pero sin dejar fuera lo basto.